



Beatriz Zepeda y Luis Verdesoto,
Ecuador, las Américas
y el mundo 2010:
opinión pública
y política exterior
Quito, FLACSO Ecuador, 2011.

Pablo Andrade A.

La tradición realista en el estudio de las relaciones internacionales sostiene que una de las razones para el éxito de la política exterior de un país es el apoyo que esta pueda tener entre los ciudadanos. Este supuesto es el punto de partida del libro de Zepeda y Verdesoto el cual, a su vez, forma parte de un esfuerzo conjunto y de largo plazo –según se anuncia en la “Presentación”– de FLACSO con varios centros de investigación latinoamericanos. Se trata, por tanto, de un informe de investigación dirigido a un público específico –estos, los tomadores de decisión en política exterior ecuatoriana– y con un propósito claro: influir en las decisiones de esos líderes políticos posicionando la información contenida en el informe como “relevante”.¹

La investigación de la que forma parte el informe consiste en una

encuesta de opinión dirigida a los ciudadanos ecuatorianos y analizada a partir de cuatro categorías: actitudes de la población respecto al grado de involucramiento de Ecuador en el sistema internacional; identificación de esas actitudes en el continuo realismo-idealismo; actitudes frente a la cooperación internacional; y, las simpatías y antipatías de los ecuatorianos respecto de los alineamientos de la actual política exterior ecuatoriana. El informe presenta la abundante información obtenida mediante la encuesta y provee al lector de explicaciones sobre la metodología aplicada, en especial sobre el contenido del cuestionario y el diseño muestral.

Considerando lo anterior, sin embargo, el texto en cuestión difícilmente puede calificarse de “académico”. En efecto, y a pesar de los esporádicos esfuerzos de los autores

1 Beatriz Zepeda y Luis Verdesoto, *Ecuador, las Américas...*, p. 5.

—especialmente en los capítulos 1, 5 y conclusiones—, el texto es básicamente una larga y poco reflexiva descripción de los resultados de la encuesta, con ocasionales incursiones, más bien en tono especulativo, hacia el análisis de esos resultados en relación con la práctica de la política exterior ecuatoriana contemporánea. Lo que es más, a pesar de los esfuerzos de los autores por presentar los resultados de la investigación como un todo coherente, la impresión que este lector obtuvo de las percepciones de los ecuatorianos sobre política exterior es que estas se basan en cuatro componentes: interés parroquiano por la agenda de política exterior, desconocimiento de los temas de esa agenda y del ambiente internacional hacia el que se generan esas políticas, una percepción muy poco realista de la importancia de Ecuador en el contexto inmediato (los Andes, Sudamérica, Latinoamérica), medio (el Hemisferio Occidental) y mundial, y una delegación prácticamente total de la responsabilidad sobre esas políticas en los decisores gubernamentales. Estos ejes impiden, por lo tanto, que se pueda hablar realmente —como lo hacen los autores a lo largo del texto, especialmente pp. 11-16 y 107-113— de las percepciones y actitudes de los ciudadanos ecuatorianos como un todo relativamente coherente.

Algunas de las tendencias que los autores describen, sin embargo, podrían resultar interesantes para algún analista de las relaciones internacionales que desee profundizar en el tema de las relaciones entre opinión pública y política exterior en Ecuador. Claro, esa excursión tendría que tener muy en cuenta lo escurridizo del concepto mismo de “opinión pública” —y no suponer, como lo hacen Zepeda y Verdesoto que podemos asumirlo sin beneficio de inventario—, también sería importante que ese analista tomase en serio el consenso que existe en sicología de considerar a las percepciones como una de las actividades más constantes pero también más efímeras del cerebro humano. Me concentraré, despreciando esos riesgos, en una de esas tendencias para mostrar la posible productividad de esa línea de trabajo.

La evidencia presentada por Zepeda y Verdesoto pone en duda la afirmación que hacen con frecuencia los analistas *amateur* de la política exterior de la actual administración (v. gr. periodistas, comentaristas invitados a programas de medios de comunicación, etc.), a saber: que la política exterior de la actual administración está destinada a complacer a los ciudadanos ecuatorianos. La política exterior que erráticamente ha conformado el gobierno de Rafael Correa en los últimos cuatro

años, finalmente ha cuajado en torno a tres grandes ejes: una concepción conspirativa del orden internacional, que tiene un gran protagonista al centro de toda conspiración –Estados Unidos–; una defensa a ultranza del nacionalismo económico frente a las instituciones financieras internacionales y los países capitalistas avanzados –con la excepción de China–; la búsqueda de una relación privilegiada –al menos en el plano comercial y financiero– con China; y un claro alineamiento con las preferencias de política exterior de Cuba y Venezuela. Curiosamente, a la luz de los resultados de la investigación de FLACSO, ninguno de esos elementos podría lograr conquistar la voluntad de los ciudadanos. Estos prefieren una política exterior no conspirativa, más pro Estados Unidos, más prudente con China y ciertamente menos entusiasta para con Cuba y Venezuela (véase capítulos 3 y 4). Si la conformación de la agenda de política exterior fuese dejada en manos de los ciudadanos, estos preferirían que el gobierno concentrase sus esfuerzos en asegurar de mejor manera el bienestar de las comunidades ecuatorianas residentes en Estados Unidos y España, aplaudirían una estrategia vigorosamente aperturista de comercio exterior y estarían muy contentos con que Ecuador llegase a acuerdos de seguridad bas-

tante más musculosos con Colombia (véase capítulos 4 y 5).

Los decisores ecuatorianos, sin embargo, han tomado opciones muy distintas a las preferencias de los ciudadanos. ¿Significa esta situación que la política exterior ecuatoriana es ilegítima desde la perspectiva de los ciudadanos? No, como estos delegan completamente en el gobierno el diseño y ejecución de la política exterior, los líderes políticos tienen un enorme margen de libertad de acción. El precio que pagan por esa autonomía es también bastante claro; salvo que ocurran episodios realmente dramáticos –como la expulsión masiva de los emigrantes, o su maltrato público, una gran catástrofe ambiental, o una guerra–, la política exterior parecería no rendir réditos de popularidad al gobierno. Pero, este es precisamente el mayor riesgo del asumir la proposición realista con la que inicié esta reseña, concluir que porque una política discurre por cauces diferentes a las preferencias de los ciudadanos es débil, o democráticamente ilegítima; de cara a ese riesgo podría usarse un supuesto más modesto: una política internacional es popular cuando paga réditos internacionales al gobierno que la diseña y ejecuta, la relación contraria –impopularidad– no se deriva, sin embargo, de manera directamente proporcional.